

Juan Francisco Sans

El sabio precoz, el niño eterno

*Bartolomé Díaz Sahagún
Universidad Metropolitana
Venezuela*

bdiaz@unimet.edu.ve

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.8266352>

Bartolomé Díaz Sahagún se formó bajo la tutela directa de los maestros Antonio Lauro y Abel Carlevaro, dos de los guitarristas-compositores más célebres del siglo XX. Es el director de Cultura de la Universidad Metropolitana, Caracas, y tiene a su cargo la Dirección Artística de Musicum, el ensamble de dicha institución. Es también investigador, productor, compositor, arreglista y especialista en la interpretación de instrumentos pulsados antiguos.



Juan Francisco Sans
El sabio precoz, el niño eterno

Resumen

El presente escrito constituye una breve semblanza del músico, pianista, compositor y musicólogo Juan Francisco Sans, según la percepción de alguien que tuvo el privilegio de compartir amistad y proyectos profesionales con él.

Palabras clave: Keith Emerson, Pablo Hilario Giménez, José Rafael Lovera, José Antonio Calcaño, Mariantonia Palacios

Juan Francisco Sans
The precocious sage, the eternal child

Abstract

This paper is a brief portrait of the musician, pianist, composer and musicologist Juan Francisco Sans, as perceived by someone who had the privilege of sharing friendship and professional projects with him.

Keywords: Keith Emerson, Pablo Hilario Giménez, José Rafael Lovera, José Antonio Calcaño, Mariantonia Palacios

Juan Francisco Sans tenía apenas 18 años de edad cuando fue convocado para integrar el equipo que materializó el elusivo *Tercer Cuaderno de Aguinaldos Venezolanos*, que completaría la fundamental trilogía iniciada por Plaza y Sojo a comienzos de la década de los años cuarenta del siglo pasado. Desde ese momento, 1979, quedaba perfectamente claro que el futuro nos bendeciría con uno de los músicos más capaces, formados y solventes de su generación en Venezuela.

Sin embargo, lo que yo recuerdo de esos años es que en el altar musical que veneraba “Pico Sans”, habitaba un músico británico cuyas destrezas también me postraban a mí. Aunque Juan Francisco podía disertar largamente acerca de la musicalidad, inagotable imaginación, titánica técnica instrumental y el vastísimo gusto de Keith Emerson (1944 – 2016), en el momento en que la música de su trío de rock progresivo Emerson, Lake & Palmer comenzaba a sonar, los dos quedábamos mudos de asombro. Como pude constatar décadas después, la minuciosidad del análisis con el que Juan Francisco hurgaba al exhibitionist británico, fue la misma con la que acometió innumerables proyectos musicales y la que hizo de él un artista (ojo, no solo un musicólogo) sin fronteras.

Otra cosa que me consta es que Juan Francisco no era un musicólogo como los demás. En su contacto con el hecho sonoro, su incuestionable sensibilidad artística lograba siempre “domar” al pensamiento científico para de esa manera presentar un panorama investigativo que resultaba amigable, nutritivo y lógico para los músicos que lo frecuentábamos. En ese sentido, tenía una manera de ser muy diferente, quizás diametralmente opuesta, a la inmensa mayoría de sus pares.

La música le hacía vibrar de tal manera que parecía imposible que entre una partitura y la mente de Juan Francisco hubiese existido en algún momento una relación sustentada fuertemente en el intelecto. Tuvo la suerte de poder abordar la interpretación (sobre todo la de la música venezolana de finales del siglo XIX), de manera sinceramente lúdica, condición extrañísima en el contexto de los científicos de la música. He tenido el enorme privilegio de trabajar, de primera mano, sobre uno de sus proyectos más ambiciosos, el monumental *Cuaderno de Piezas de Bailes de diferentes autores*, compilado por Pablo Hilario Giménez, a finales del siglo XIX y seguramente también a principios del siglo XX, en la ciudad de Quíbor. La combinación intelectual del historiador José Rafael Lovera (dueño del manuscrito de Quíbor, por cierto) y Juan Francisco, permitían proyectar una edición de enorme trascendencia. Una obra que, en mi opinión, todavía nuestros músicos actuales no han logrado ni dimensionar ni aprovechar en toda su extensión. Gracias a *La Graciosa Sandunga* (2012), por primera vez un musicólogo logra armar el interesantísimo (y lleno de recovecos de todo tipo) rompecabezas del salón venezolano, su uso, su significado y su identidad, en el momento fundamental de nuestro emergente nacionalismo musical.

Las “fotografías parciales” que notables como José Antonio Calcaño nos habían dejado en el pasado, Juan Francisco las convirtió en una extraordinaria unidad de pensamiento, de estilo y de intención que básicamente era capaz de aclarar cualquier interrogante acerca del tema. A partir de ese momento, y sobre todo luego de nuestras interesantísimas conversaciones con el gran José Rafael Lovera, yo daba por hecho de que en la mente de Juan Francisco se proyectaba una muy convincente y auténtica película tridimensional acerca de los salones venezolanos (circa 1870), con todas las implicaciones políticas, sociales, afectivas, pasionales, religiosas, costumbristas, conspirativas, artísticas y todo el larguísimo y extraordinario etcétera que acarrea consigo la historia de los salones venezolanos de la segunda mitad del siglo antepasado.



Juan Francisco Sans Moreira.
Archivo familiar. Usada con permiso.

Gracias a Juan Francisco fue que muchos de nosotros pudimos comenzar a “ver” ese momento histórico y también a entender cómo nuestros paladines del siglo XX, con mayor, menor o independiente acierto, se habían relacionado con él. “Pico” nos inició en un viaje de descubrimiento que, al menos en mi caso, sobrevive, sin dar señal alguna de amainar, hasta el sol de hoy.

Además, arrodillado junto a Mariantonia Palacios, su mujer, frente al espaldar de las butacas de un autobús repleto de músicos y bailadores en gira (como nos tocó al ser parte del lanzamiento institucional de *La Graciosa Sandunga*), su sonrisa volvía a ser la de ese chico de 19 años cuyas pobladas cejas, además de un intelecto prodigioso, escondían a un niño deliciosamente travieso, incisivo, sarcástico y bien humorado.

Cuando, después de nuestra función en el emblemático Teatro Juares de Barquisimeto nos reunimos a celebrar con todo el equipo artístico de Fundación Bigott, ni siquiera me extrañó que el alma de la fiesta (en vez de la escogencia obvia, Andrés Barrios) terminó siendo ese único Juan Francisco que me faltaba por conocer. El niño, el hombre, el erudito, el catedrático, el compositor, el gerente cultural, el productor radial, el musicólogo, el artista, el sabio, todos cabían, sin molestarse en el cuerpo y la mente de Juan Francisco Sans, un venezolano que dividió nuestro conocimiento del rol de la música en la sociedad venezolana en un antes y un después.

Sabrá Dios cuándo la musa Euterpe decidirá mandarnos a otro artista de sus quilates y de su humanidad.

Referencia

Sans, J.F. (2012). *La graciosa sandunga. Cuaderno de piezas de bailes de salón del siglo XIX recopilado por Pablo Hilario Giménez.* Fundación Bigott.